

# Los mayas sometidos

Un estudio de Nancy M. Farriss

**L**a llegada de los españoles a un continente tranquilo supuso toda una conmoción social y física para sus pacíficos pobladores. La conquista, toma de tierras en nombre de un imperio lejano, y la colonización, modificación de las estructuras indígenas, dieron lugar a un Nuevo Mundo cuyos habitantes fueron obligados a adaptarse a circunstancias dolorosas que, incluso, negaron su habitual forma de vida, sus culturas y su desarrollo social y religioso. La historiadora Nancy M. Farriss en un extenso estudio, *La sociedad maya bajo el dominio colonial*, analiza el proceso que durante más de 300 años, justamente desde 1500 hasta 1820, llegó a conmocionar a todo un pueblo en una obligada situación de sometimiento al universo impuesto por circunstancias nunca imaginadas. Debieron asumir de manera obligatoria y dolorosa una historia diferente. Farriss reconstruye aquellos hechos y los problemas que los mayas protagonizaron en ese marco de negaciones de sus propios valores, pocas veces comprendido en toda su extensión. La autora maneja, con ayudas que ella misma cita, importantes datos que dejan la sensación, bastante necesaria por cierto, de un estudio neutral y amplio, capaz de delimitar de manera harto equilibrada la controvertida actuación de los conquistadores y la acción de los conquistados en el marco, único, de una sociedad que parecía firmemente asentada gracias a sus estructura económica, sus connotaciones religiosas y su organización particular. No en vano este libro se subtitula «La empresa colectiva de la supervivencia», pues tras la llegada de los barbados visitantes, los mayas se vieron en la necesidad de transigir para sobrevivir y tuvieron que hacerlo de manera diversa: abdicando de sus costumbres, enterrando parte de sus ceremoniales y cediendo parte de sus escasas riquezas. En este trabajo, comedidamente traducido por Javier Setó y Bridget Forstall-Comber, la autora comienza advirtiendo que se

trata de «un estudio sobre los indios mayas de Yucatán. Está concebido como una etnografía histórica, que trata de reconstruir el mundo maya en sus varias dimensiones —relacionando la ecología y los modos de subsistencia con las formas sociales y los sistemas de creencias— y de definir los cambios en dicho mundo dentro del amplio contexto colonial»<sup>1</sup>. Sus 653 páginas nos van a permitir una visión amplia y rigurosa de ese pueblo tal vez demasiado humillado, incomprendido y olvidado durante bastante tiempo, es decir primero por parte de la metrópoli colonizadora y, después, por los gobiernos mexicanos. Se nos ofrecen, además, aclarativas ilustraciones, fotografías, cuadros, figuras y mapas que completan el intento de dar un conocimiento amplio de una realidad ignorada. La primera parte, «Repercusiones de la conquista» permite conocer la llegada de los españoles y el intento de implantar 'sus' instituciones en medio de una selva que creían repleta de metales preciosos y, también, de infieles. Poseer unos y convertir a los otros era la tarea. Dice Farriss que «El propio Las Casas descubrió (que) la colonización requería el estímulo de la ganancia económica»<sup>2</sup>; comenzaban a justificarse los atropellos posteriores. Sin embargo, los mayas eran gente sencillas que vivían en un entorno difícil (¡poco ha cambiado!), donde no abundaba el oro aunque sí la selva profunda, enmarañada, el clima intempestivo, las costas abruptas; donde existían parásitos y enfermedades endémicas, algo que no permitía la fácil adaptación de ciertos animales. Otras tierras ofrecían mejores condiciones para los españoles; ello supuso una condena para la península de Yucatán pues los Montejo tuvieron que acudir a imponer determinados tributos a la población que ésta se vio precisada a acatar. «El conquistador Francisco de Montejo —hemos comentado en otro lugar— no tuvo mejor ocurrencia que edificar la ciudad de Mérida, en Yucatán, en el mismo lugar y con las piedras de lo que había sido la ciudad maya de Ichcaazibó»<sup>3</sup>, lo cual indica, primero un claro desprecio hacia las edificaciones autóctonas, que fueron destruidas para utilizar sus materiales en las nuevas construcciones, y, al tiempo, la escasez de materias para acometer una transformación de la arquitectura de la zona. En «Un régimen colonial» se va revelando cómo la cría de ganado supuso la proliferación de estancias, con algunas casas, para ir creando una economía rural y permitir un asentamiento tanto a la población indígena como a parte de los colonizadores que deseaban permanecer en un lugar concreto, en vez de seguir con las tropas en busca de mejor botín. Poco a poco se va experimentado algún tipo de cultivos para el entorno y destinando a la exportación a la metrópoli, en una comercialización que pronto encontró competencia con las de las posesiones inglesas, más activas en tal dedicación, pero que los españoles querían experimentar para crear un sistema que permitiera hacer

<sup>1</sup> Nancy M. Farriss: La sociedad maya bajo el dominio colonial. *Alianza Editorial/Sociedad del Quinto Centenario*. Madrid, 1992, 13.

<sup>2</sup> Farriss, 1992, 58.

<sup>3</sup> Jaime M. Rosa: Poesía contemporánea en lengua maya. *Ayuntamiento d'Alaquàs, Daimus, Manises, Miramar i Piles* (València), 1994, 123.

«rentable» la colonización. Cera, miel, algodón y el henequén, que no tuvo auge hasta el siglo XIX, son los «humildes productos cotidianos (que) difícilmente podían confundirse con las fantasías de El Dorado. Pero eran todo lo que Yucatán podía ofrecer o vender, en aquel tiempo»<sup>4</sup>. Esta escasez de movimiento dinerario justificaría 'el tributo y sus variantes' a través del llamado sistema de encomiendas donde todos se querían convertir en recaudadores, clero y Corona, a través de sus diversos 'agentes'. Suponía un verdadero asalto a la economía de pobreza imperante, pero su obligatoriedad se imponía por diversos medios coactivos, de forma que no podía negarse. Vemos así la relativa prosperidad de la Iglesia y el aumento de palacios y confort para los gobernantes. Frente a ello funcionaban sistemas de trabajo poco justos, mal remunerados y con acusaciones de ociosidad para esa mano de obra instrumental que estaba permitiendo 'una economía capitalista en expansión'. Cuando Farriss habla de las «Reacciones indígenas y modificaciones españolas» recuerda que «La existencia de una abundante población sedentaria organizada en una jerarquía social bien definida, tuvo como consecuencia que los conquistadores pudieran asentarse como señores sin tener que explotar directamente el entorno físico ni crear una estructura de control político y social completamente nueva»<sup>5</sup>, pero también se dice en los versos de *Chilam Balam de Chumayel* algo significativo: «Los extranjeros enseñaron el miedo,/vinieron a marchitar las flores./Para que su flor viviese,/dañaron y sorbieron nuestras propias flores». Descendió la población indígena. Causas: enfermedades epidémicas llevadas por los conquistadores, hambrunas producidas por sequías y plagas, pérdidas de cosechas, desabastecimiento... A ello se unían el acaparamiento y la prepotencia de los españoles en detrimento de unos indígenas, abocados a 'Luchar o huir'. Farriss: «Las palabras y los actos de los participantes en la Guerra de Castas en el siglo XIX demuestran que una importante proporción de los mayas yucatecos aún no se había resignado a lo que, después de tres siglos, seguían considerando una dominación extranjera»<sup>6</sup>, aunque fueron escasas las rebeliones, como la de Canek en 1761, pero persistió un sentimiento capaz de mantener enfrentados a españoles y mayas de manera continua, con odio acumulado y deseo de escapar de una geografía sometida. Estábamos en «Un mundo colonial dividido», en expresión de Farriss, que había permitido una recuperación demográfica de los indígenas y una precaria convivencia con los españoles. Es el inicio del mestizaje que permitió algo importante pues «Si bien es cierto que la cultura maya persistió después de la conquista, debemos atribuir el mérito principal de ello a la falta de atractivo que la región que la había alimentado tenía para los españoles»<sup>7</sup>, aunque la Iglesia mantenía una labor que iba de la caridad a la explotación pero que conseguía unifi-

<sup>4</sup> Farriss, 1992, 74.

<sup>5</sup> Farriss, 1992, 101.

<sup>6</sup> Farriss, 1992, 116.

<sup>7</sup> Farriss, 1992, 143.